



Benjamín Labatut
Maniac
Anagrama, 2023, 400 pp.

Grínor Rojo
Universidad de Chile
grinorrojo@hotmail.es

Jugar con fuego: *Maniac*, de Benjamín Labatut

Me dicen que el expresidente Obama ha recomendado la lectura de este libro. Obama no es un crítico literario, pero es un hombre culto, y yo creo que en esta oportunidad da en el clavo. *Maniac* es un libro importante.

Con un segmento significativo (tal vez mayoritario) de la *intelligentsia* contemporánea, el autor de *Maniac* comparte la sospecha del próximo fin de la raza humana, del inminente apocalipsis de la especie. Y, con la mirada de un historiador de los de la escuela idealista, para quien las ideas son las que determinan la marcha del mundo, atribuye dicho desarrollo fatídico a un cambio o a unos cambios que han tenido y siguen teniendo lugar en el escenario epistémico moderno. Es más: las ideas, y el o los cambios que ellas suscitan, son para Benjamín Labatut el producto de unos individuos excepcionales y anómalos por excepcionales. Son los «genios» científicos y, principalmente, los genios matemáticos. Esto quiere decir que su perspectiva historiográfica no difiere de la de la historiografía liberal *at large*. La diferencia está en el privilegio que Labatut le otorga al quehacer científico-matemático por sobre el religioso, militar o político.

Divide así Labatut el tiempo que cubre su narrativa en tres tramos: uno, desde fines del siglo XIX hasta la explosión de la primera bomba atómica en 1945, tiempo al que caracteriza la crisis del racionalismo moderno y su reemplazo por un irracionalismo de nuevo cuño, que se explica bien con el nacimiento de la física cuántica y, de manera emblemática, con la introducción que hace entonces Werner Heisenberg del

«principio de incertidumbre»; dos, desde la explosión de la primera bomba atómica y la redirección de las investigaciones científicas durante y después de la Segunda Guerra Mundial, hasta la actualidad, cuando se afianza en el mundo la presencia de las «máquinas que piensan», partiendo con el computador básico y pasando en seguida a su robustecimiento a través de la inteligencia artificial y, con ello, a la posibilidad, asombrosa, inédita hace no tanto tiempo (Mary Shelley no pudo imaginarla), no solo de creación artificial de la vida, sino de creación artificial de una vida que estará dotada además con la capacidad para autorreplicarse, autogenerándose, autoprolongándose e incluso autoperfeccionándose; y tres, ya en la actualidad y con la inteligencia artificial y sus secuelas en pleno funcionamiento, la esperanza de que se incorpore a la escena histórica mundial una razón distinta, que no es la moderna ni tampoco su negación irracionalista, sino otra, que difiere de ambas y que, habiéndoles sacado el jugo a sus predecesoras, las engulle y supera.

Como dije, el primer tramo de este movimiento histórico se representa en *Maniac* con el quiebre del marco de funcionamiento de la física clásica. Es la discrepancia entre Albert Einstein, quien, según nos informa Labatut, «aborrecía el peso que el azar, la indeterminación, la probabilidad y la incertidumbre jugaban en la nueva ciencia de los cuantos» (*Maniac* 19), y Niels Bohr, queriendo este «entronizar un tipo de física [la de los cuantos, con un fuerte componente matemático] fundamentalmente diferente para poder sondear el universo subatómico» (19). El prólogo de *Maniac* (la historia alegórica del físico Paul Ehrenfest, quien, habiendo descubierto el avance incontenible de la irracionalidad, se mata y mata su hijo minusválido) fija el momento culminante de esa discrepancia en la «Conferencia de Solvay, de 1927, cuando la física clásica se enfrentó con la mecánica cuántica y [la disciplina] cambió para siempre» (19). Allí, los dos físicos mencionados midieron sus respectivas musculaturas teóricas y el ganador de la justa fue Bohr, por lo demás el maestro y guía espiritual de Heisenberg. Era ese el comienzo de una nueva era científica, y ese será también el punto de arranque para los acontecimientos que *Maniac* representa. De hecho, se sabe que el mismo Heisenberg dio con su famoso «principio de incertidumbre» también en 1927.

Yo, por mi parte, debo recordar que ese comienzo es el que, asimismo, inaugura el despliegue sintagmático de la obra anterior de Labatut, *Un verdor terrible*. Por lo tanto, no me parece que sea antojadizo postular la existencia en este escritor de un cierto proyecto creativo y la de un «puente» entre *Un verdor terrible* y *Maniac*. O, para decir esto mismo de un modo menos abstracto, que la obra de 2023 es una suerte de continuación y profundización de la obra de 2020. El de Labatut sería, de acuerdo con esto, el *work in progress* de un hombre que está pensando y padeciendo la historia contemporánea, y convirtiendo ese pensamiento y ese padecimiento en narración.

Sigo con el primer tramo. El tiempo que en él se representa es, como ya lo indiqué, la primera mitad del siglo xx, quizás remontable a las últimas décadas del siglo xix e incluso más atrás. Se alude en algún momento a un telar mitológico, una máquina que prefigura el computador, creada por el francés Joseph Marie Jacquard en 1801. La vuelta

del siglo XIX al XX es de otra laya, sin embargo. Es este un tiempo de transformaciones múltiples, en todos los planos de la existencia de Occidente, y el denominador común es la crítica de la tradición iluminista junto con la revaloración neorromántica de la irracionalidad. Es el tiempo del nazismo en la política, de las vanguardias en las artes, de la física cuántica en las ciencias: «Paul [Ehrenfest] empezó a ver desarmonía e irracionalidad en todas partes [...] Ya no era capaz de distinguir un orden razonable en el universo, no reconocía leyes naturales ni patrones, sólo una vorágine vasta y desmedida en expansión constante, preñada de caos, infectada por el sinsentido y desprovista de cualquier tipo de inteligencia o ley» (*Maniac* 27).

Y, también en el dominio científico, este es el tiempo de una renovación de las matemáticas, cuando la disciplina se mueve desde la crisis del proyecto conservador de David Hilbert, quien en la década del veinte había propuesto «*un programa de trabajo, extraordinariamente ambicioso, para determinar si era posible construir el universo matemático entero a partir de un puñado de axiomas lógicos. Buscaba establecer una base completa y consistente para evitar las paradojas que habían surgido producto de ideas nuevas y radicales*» (*Maniac* 85), a la tesis iconoclasta de un joven Kurt Gödel, quien, en 1930, en Königsberg, en la segunda Conferencia para la Epistemología de las Ciencias Exactas, sostuvo que «si alguien lograba crear un sistema formal de acciones que estuviese libre de paradojas y contradicciones, siempre sería incompleto, porque contendría verdades que jamás podrían ser probadas usando las reglas de dicho sistema, aunque su valor de verdad era incuestionable» (*Maniac* 113).

El mazazo que Gödel le asesta al programa conservador de Hilbert es contundente, como vemos, pero no es inaudito. Culminaba y se legitimaba con dicho mazazo, esta vez de manera definitiva, un movimiento rebelde que venía por lo menos desde el pensamiento de Georg Cantor y su teoría, ¡tan borgeana!, de la «multiplicidad de infinitos» (*Maniac* 93). La situación *sensu lato* se describe en el siguiente raciocinio atribuido a Theodore von Kármán: «[la matemática] siempre ha sido considerada como la luz de la razón, una antorcha que brilla en medio de la oscuridad que nos rodea. Pero eso empezó a cambiar a principios del siglo XX. Muchos matemáticos vieron que el trono de la reina tenía grietas, y que su corona, antaño tan firme, ahora se balanceaba precariamente sobre su cabeza» (*Maniac* 91).

El planteo de Gödel había puesto a la matemática en jaque. Y lo que Labatut intenta es bucear, en o con su obra, en eso, precisamente, es decir, ir más abajo de las crisis de la física hacia la que se produce en la profundidad de la ciencia de los números.

Para darle una forma literaria a su inmersión, escoge una figura novelesca, Neumann János Lajos, en Europa, y Johnny von Neumann, en Estados Unidos. Un individuo genial, que en *Maniac* (no sé si también en la historia extraficcional) cumple funciones de enlace entre el orden y el desorden, dejando a su fallecimiento, en 1957, una atmósfera de espanto, pero también la puerta abierta para la aparición de un cambio de paradigma. Por consiguiente, si *Maniac* es una novela (lo que es susceptible de discusión, adelante), este individuo sería su protagonista.

Von Neumann nace en Budapest, en 1906. Es un niño judío y superdotado que en la secundaria asiste a una escuela que era «probablemente la más rigurosa del mundo en ese momento» (*Maniac* 59), se doctora «*summa cum laude* casi sin ir a clase» (90) y a los veintidós años se convierte en «el *Privadozsent* más joven de la historia de ese país» (90). Es durante la etapa juvenil de su vida un defensor acérrimo del programa de Hilbert: «no sólo porque estaba convencido de que los principios de la ciencia debían descansar sobre las verdades inmutables de las matemáticas, sino también porque temía que una peligrosa sinrazón estuviera comenzando a brotar del abismo que sus colegas habían abierto» (87). Pero en septiembre de 1930 von Neumann experimenta un *shock* cuando escucha de los tartamudeantes labios de Kurt Gödel la refutación del programa de su maestro. La empresa de Hilbert se le revela entonces imposible y se muda de parroquia, y hace suyas las palabras del apóstata e incluso las extrema mediante corolarios feroces. El suceso había supuesto para él «una catástrofe personal» (113) y «Nunca volvió a trabajar en los fundamentos de las matemáticas» (115).

En 1937, escapando del nazismo, von Neumann emigra a Estados Unidos. Deja entonces de apodarse Jancsi y empieza a apodarse Johnny. El nuevo apodo no tiene ni una pizca de inocente, ni siquiera tengo que advertírsele al lector. Si constituye una cifra reveladora de la volubilidad de von Neumann, también es una metáfora del desplazamiento mundial del poder durante la posguerra desde Europa hacia América (o al menos, hacia la América del Norte).

De ahí que, en el ambiente americano, von Neumann no sea el mismo: «en América, von Neumann se convirtió en un mercenario, una mente a sueldo, cada vez más seducido por el poder y por quienes lo ejercen» (*Maniac* 123). Después de un intento fallido de enrolamiento en el ejército, «*fue uno de los primeros matemáticos y físicos que desaparecieron en los desiertos del oeste, encaminándose furtivamente hacia un laboratorio ultrasecreto en el altiplano del norte de Nuevo México, bajo la sombra de la sierra de la Sangre de Cristo, para ser parte del proyecto Manhattan*» (125).

Habiendo dejado atrás la búsqueda de verdades matemáticas fundacionales e incontrovertibles, en Estados Unidos von Neumann habita un espacio amoral. No integra el equipo Manhattan, pero es un «consultor» del mismo. Opina que el científico «no tiene por qué ser responsable del mundo en que está», aunque no falte al mismo tiempo quien crea que «su cerebro podía indicar un paso evolutivo más allá del *Homo sapiens*» (*Maniac* 139).

Colabora así en Los Álamos en la fabricación de un mecanismo de implosión para la bomba atómica, pero su descubrimiento máximo, el que tendrá una influencia decisiva en su carrera posterior, hasta su muerte y aun más acá de su muerte, no es ese, sino el que proviene de su contacto en Los Álamos con «unas máquinas de IBM que eran tecnología punta en ese entonces, aunque un chiste según los estándares modernos. Utilizaban tarjetas perforadas, y von Neumann se puso a jugar con ellas [...] estaba embelesado [...] Para él era la clave del futuro» (*Maniac* 140-141). Ese, al parecer, fue su primer encuentro con la computación.

En términos de causa y efecto, aparte de la fisión de núcleos atómicos, en el caso de la bomba atómica, y de la compresión y la fusión de hidrógeno en helio, en la de hidrógeno, la gran diferencia entre las que estallaron en Hiroshima y Nagasaki en 1945 y la que se probó por primera vez en el atolón Enewetak, en las Islas Marshall, el 1º de noviembre de 1952, reside en su confección, la de un artefacto que fue construido empleando la añeja tecnología de los humanos (¿mujeres?) calculantes y las máquinas calculadoras, respecto del otro, el que se construyó pudiéndose emplear ya, para esa y otras faenas, los computadores. Uno de estos artefactos dejó doscientas y tantas mil personas muertas, en tanto que el otro pudo haber dejado nadie sabe cuántos millones. Para efectos de la perspectiva historiográfica de Labatut, lo que interesa de todo esto es que se habría producido entre uno y otro estallido un progreso tecnológico extraordinario que cortó la historia de Occidente en dos, adelantándose así la hora de nuestro exterminio. La relación entre el avance tecnológico y la muerte, que es el trasfondo no dicho de su trabajo, se pone ahí de manifiesto de una manera escalofriante.

Y, para Johnny von Neumann, este es el camino que lo lleva hasta la que va a ser la obsesión final de su vida. Interesado ahora en la lógica de los juegos, le promete al Ejército de Estados Unidos construirles un juguete para sus preparativos de guerra: *«una computadora tan poderosa que sería capaz de llevar a cabo los enormes cálculos necesarios para crear la bomba de hidrógeno»* (*Maniac* 173).

De cierta manera, renace en von Neumann, a fines de los cuarenta y principios de los cincuenta, su adhesión juvenil al programa de Hilbert, aunque con objetivos menos nobles. En el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, con la colaboración de Oskar Morgenstern, concibe así una máquina cuyo fin, según el testimonio de este último, «no era solo entender o crear reglas para ganar juegos, estábamos intentado atrapar, con ecuaciones matemáticas, la manera en que las personas toman decisiones» (*Maniac* 161-162).

Piensa von Neumann que una computadora avanzada pudiera hacer posible aquello que no lo fue y quizás no lo sea a escala humana. Después de los experimentos del británico Alan Turing, después de sus propios estudios sobre la lógica de los juegos, de su conocimiento del Computador Integrador Numérico Electrónico, ENIAC, en Los Álamos, y sobre todo de su encuentro con el biólogo «loco» Julian Bigelow (quien se proponía *«realizar una serie de experimentos numéricos con el objetivo de verificar la posibilidad de una revolución similar a la de los organismos vivos dentro de un universo artificial»*, *Maniac* 203) y con el no menos loco Nils Aal Berricelli («¡Robó mis ideas!», 218) el resultado será la creación del Mathematical Analyser, Numerical Integrator and Computer, MANIAC.

Pero von Neumann muere en 1957, angustiado por su miedo a la desaparición y por el afán de trascendencia (de «perpetuación», debo decir), tratando de compatibilizar demencialmente el pensamiento religioso con su entrenamiento científico. Un testimonio atribuido a su hija, Marina von Neumann, nos informa que en sus últimos momentos: «veía ciertas similitudes [en las computadoras] que parecían sugerir que tal

vez, en el futuro, podíamos comenzar a fusionarnos con ellas, otorgándoles una parte de nuestra conciencia, o permitiéndonos existir de forma incorpórea, en materiales más firmes que nuestra carne, para ser inmunes a la corrupción y la enfermedad [...] soñaba con alguna forma de preservar su mente extraordinaria» (*Maniac* 266). Su deceso, «carbonizado», amarrado a «transformadores enormes», a «toda clase de cacharros», «cables», etc., es la tentativa final para lograr esa «fusión».

Repito unas frases que Labatut atribuye a Eugene Wigner, su compatriota y al parecer su colega más cercano:

¿Cómo podrían las máquinas empezar a tener vida propia? [...] Jancsi había logrado diseñar una máquina teórica cuyos productos no serían solo largas trenzas de ceros y unos, sino objetos físicos reales. Estaba seguro de que existía un cierto umbral, un punto crítico en que sus máquinas entrarían en un proceso evolutivo, lo que daría como resultado una serie de autómatas cuya complejidad crecería a una velocidad exponencial, de forma similar a como los organismos biológicos florecen, prosperan y mutan siguiendo las leyes de la selección natural [...] esta progresión permitiría a los miembros de sucesivas generaciones producir no solo copias exactas de sí mismos, sino descendientes de una complejidad cada vez mayor [...] no requerían tener cuerpos de metal y nervios de plástico, sino que podrían existir y podrían desarrollarse en el interior de un mundo muy parecido al que Barricelli había concebido (*Maniac* 276-278).

Ese es, ese será, el legado de von Neumann: «Transformar el pensamiento humano desatando el poder de la computación ilimitada» (*Maniac* 276) y creando de ese modo «un nuevo tipo de vida» (197). Nada menos que un «segundo Génesis» (275).

Y ese es también el corazón de la tercera etapa en el tiempo histórico que abarca *Maniac*. Se trata ahora, precisamente, de la contemporaneidad, es decir, del tiempo en que hoy vivimos y cuando la máquina que von Neumann no vio, pero con la cual soñó, se hace presente por fin en la escena histórica en cuerpo y, a lo peor, también en alma. Labatut narra este suceso a partir de la historia y los avatares de un partido de Go, de un enfrentamiento *farsescamente* deportivo entre el hombre y la máquina. Es una historia con un tono muy distinto al de las dos que la preceden y a la que nosotros podríamos considerar una unidad independiente si no fuera porque subyace a su despliegue el sueño de von Neumann. Incluso, explícitamente, se nos deja saber que uno de sus protagonistas, el científico especialista en neurociencia y computación Demis Hassabis, cuyo propósito era cambiar las condiciones de existencia del Go tradicional, había estudiado para sus quehaceres doctorales dos de los manuscritos inacabados de von Neumann, «Máquinas de cálculo y el cerebro: sobre los mecanismos del pensamiento» y la «Teoría de los autómatas autorreplicantes» (*Maniac* 319). Como si eso fuera poco, un retrato de Johnny, en el que sobresalen unos ojos inquisitivos y expectantes y que al menos en mi edición encabeza la tercera parte del relato, constituye algo así como el ángel tutelar de la escritura.

El elenco varía también, pues ya no se trata de los científicos y su camada de las dos primeras secciones (militares, políticos, etc.), sino de un jugador de Go y la máquina, con sus cortes respectivas (managers, periodistas, etc.). Un protagonista en las sombras es Demis Hassabis, el creador de la máquina y conductor oculto del relato hasta que la máquina escapa a su control para transformarse ella misma en protagonista (uno recuerda el anticipo de Kubrick en su *2001: Odisea del espacio*). También varía el modo narrativo. En vez de la serie de «testigos» y, por ende, de la variedad de «puntos de vista» de la primera y segunda secciones, en esta última nos encontramos con un narrador periodístico en tercera persona que nos da noticia de acontecimientos y sujetos «reales» como si estuviera cumpliendo un encargo de su jefe de redacción (podría pensarse a lo mejor en una parodia periodística, ya que los trucos del periodismo adocenado se hallan todos burlonamente en uso) y con un conocimiento que comparte con el de sus coetáneos: «Cuando los historiadores del futuro observen nuestra época...» (*Maniac* 340).

Se configura, de este modo, un enfrentamiento del experto Lee Sedul, maestro de Go 9.º dan, el rango más alto que otorga la cofradía, con el programa AlphaGo de la empresa Deep Mind, de propiedad de Hassabis, ello en el escenario de la ciudad de Seúl en el siglo XXI (nuevo desplazamiento geográfico y que, como el anterior, no es casual, esta vez desde Occidente a Oriente). Hay, en la exposición de la competencia, un antes (es decir, un relato de sus antecedentes), un entonces (la realidad de cuanto ocurre en el presente) y un después.

El antes puede fijarse a fines de 1997, cuando el supercomputador Deep Blue de IBM derrotó al gran maestro de ajedrez Garry Kasparov. Se sugiere que Kasparov perdió a causa de su mal juego, pero también se añade que hoy por hoy ese resultado negativo hubiese sido inevitable, asimismo, porque, aun cuando el desempeño humano fuese superior al que en aquella ocasión tuvo el ruso, «los nuevos programas han evolucionado más allá de las capacidades de nuestra especie» (*Maniac* 326-327). Nada que hacer, por lo tanto, o por lo menos nada que hacer en materia de memoria y cálculo, que es el margen de ventaja con que operan las máquinas que juegan ajedrez.

Quedaba, sin embargo, en pie un alternativa distinta: un computador cuyas habilidades fuesen más allá de la memoria y del cálculo, que tuviera lo que no se les exige a los jugadores de ajedrez pero sí a los de Go: «Si uno llegase a considerar todos los juegos que son teóricamente posibles en el Go –incluso aquellos que nunca ocurrirían en el mundo real, partidas completamente irracionales con jugadas que nadie en su sano juicio elegiría–, el número total desafía la comprensión humana». (*Maniac* 328). Pero eso es lo de menos. Más importante es que «*los profesionales de Go deben usar su instinto y su intuición para decidir dónde colocar la próxima piedra, un proceso que involucra no sólo su razón sino también sus emociones*» (328-329, el subrayado es propio). Y esto es lo que se va a poner a prueba en la competencia principal, a la que anteceden los encuentros entre AlphaGo y Fan Hui, el temible campeón de Europa, a quien AlphaGo no le permite ganar ni una, para pasar en seguida al duelo entre la máquina y el inmenso Sedol.

De las cinco partidas entre Sedol y la máquina, esta gana cuatro y Sedol una, la cuarta. Se desata, sin embargo, después del triunfo de Lee en la penúltima partida, un clima de euforia humanista. Sedol habría demostrado que ganarle a la máquina no era imposible después de todo y que a causa de eso una síntesis dialéctica asomaba en el horizonte con su estupenda promesa de un progreso dichoso y sin límites:

el movimiento de Lee era algo que se alejaba demasiado de la experiencia humana, algo que superaba incluso la capacidad, aparentemente ilimitada, de la inteligencia artificial. Al enfrentarse, *Lee y la máquina* habían superado los límites del Go, creando una belleza nueva, un raro fulgor que obedece a una lógica más poderosa que la razón, y que pronto iluminará zonas insospechadas del mundo y de nosotros mismos» (*Maniac* 374, el subrayado es propio).

Pero ese era un consuelo tan fugaz como patético, porque el resultado de la partida siguiente, la quinta y última, evidencia una recuperación de AlphaGo, lo que cae como un balde de agua fría sobre el ingenuo entusiasmo de los optimistas. La «belleza nueva», la «lógica más poderosa que la razón», reveladora de «zonas insospechadas del mundo y de nosotros mismos», que habría surgido como el producto del enfrentamiento (¿de la colaboración?) entre el hombre y la máquina, no es más que un *wishful thinking*. El argumento en favor del desarrollo de la tecnología, el que supuestamente beneficiaría a la gente, acaba cayéndose en pedazos.

Pero lo más interesante del juego entre Sedol y AlphaGo ocurre en las jugadas 37 de la segunda partida y 78 de la cuarta. La 37 de la segunda partida exhibe la capacidad de engaño que posee la máquina cuando esta le tiende a Sedol una trampa de su creación y responsabilidad, y que deja estupefactos incluso a sus controladores («el movimiento 37 no formaba parte de la memoria de AlphaGo», *Maniac* 352), en tanto que la 78 de la cuarta partida, que es la que precipita la única, pero poco duradera derrota de AlphaGo, descubre en la máquina una debilidad, la de desconcentrarse, desconcertarse, perder el dominio de sí («la computadora empezó a cometer una serie de errores, cada vez más evidentes» (366). Y estos no son, por supuesto, los comportamientos que se esperan de la inteligencia artificial.

Pero la máquina triunfa al cabo y, después de ese triunfo, el poder de la inteligencia artificial continúa perfeccionándose. La última versión del artefacto es una a la que Hassabis, habiendo despojado a AlphaGo de su memoria, le impone a lo que queda una nueva tarea: «el objetivo era crear una inteligencia más poderosa y mucho más general» (*Maniac* 387). Reconstruye pues su obra, secundarizando la memoria y acrecentando las otras de sus capacidades. El fin de *Maniac*, cuando el equipo de Hassabis reemplaza finalmente AlphaGo por AlphaZero, no puede ser más inquietante. Se presagian con ese remplazo nuevas renovaciones y nuevas expansiones en el futuro y, como consecuencia de ello, un paulatino relevo de la especie humana por los autómatas con que von Neumann soñó.

Ahora bien, tradicionalmente, dependiendo de las proclividades de quien lo describe, el «gran hombre» es por lo general un líder religioso, un político, un militar, un

artista o semejante. En *On Heroes, Hero-Worship, & the Heroic in History*, el libro de Thomas Carlyle de 1841, se encuentran las definiciones acerca del tema. La diferencia es que en el *Maniac* de Labatut los héroes no pertenecen a ninguna de las categorías de Carlyle, sino que son científicos y, más precisamente, científicos matemáticos.

Pero también es cierto que el oficio por sí mismo no es el factor determinante, puesto que la perspectiva idealista de fondo, que es la que importa de veras y me refiero a aquella que asegura que son el genio y sus genialidades lo que cambia el mundo, se mantiene incólume y no importa cuál sea la especialidad del incumbente. Mis dudas al respecto son las que cualquier materialista histórico, y yo me considero uno de ellos, podría aducir.

Para decirlo con las famosas palabras de Marx en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*:

En la producción social de su existencia los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de estas relaciones de producción constituye a la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio [*Überbau*] jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina [*bedingen*] el proceso social, político e intelectual de la vida en general. *No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia* (4-5, el subrayado es propio).

No voy a comentar yo este dictamen de Marx, tendría que dedicarle un espacio y un tiempo de los que no dispongo y no me parece que haga falta. Suficiente es decir que es un dictamen claro y que en él se encuentra la posición opuesta a la de la historiografía liberal a cuyas premisas se ciñe Labatut.

En segundo lugar, yo tengo mis dudas respecto de la aplicación que de su perspectiva historiográfica abstracta hace Labatut a la historia concreta. La evolución del tiempo histórico que él nos ofrece en *Maniac* yo la percibo nítida en exceso, los cortes demasiado definidos y definatorios. Y espectaculares, por lo demás, si es que no francamente escandalosos. Creo que la historia real, aun de la manera en que él la piensa, es más compleja, más confusa, menos previsible.

Finalmente, cabe hacerse la pregunta sobre si *Maniac* es una verdadera novela y no una obra de divulgación científica. O sea, si no es más la labor de un periodista con mucha, muchísima información y talento, que la de un escritor de ficciones. De acuerdo, de por medio se encuentran los ensayos contemporáneos de «novelas de no ficción», de los que *A sangre fría* de Truman Capote es el más citado. En una entrevista con George Plimpton, de 1966, fue Capote quien le dio a la expresión «novela de no ficción» (*non-fiction novel*) patente de corso, definiéndola como «una forma narrativa que emplea todas las técnicas de la ficción, pero que es sin embargo inmaculadamente

factual» (s. p.). Y agregó que él, personalmente, era quien la había inventado. En realidad, ese de Capote era solo el primer capítulo de una polémica a la que en los setenta se sumaría Tom Wolfe, alegando un cambio en el oficio periodístico con su anuncio de la aparición de un «nuevo periodismo», que a su juicio era un fenómeno de índole generacional cuyos orígenes retrotrajo al espacio de la prensa neoyorkina de principios de los años sesenta:

El caso es que al comenzar los años sesenta un nuevo y curioso concepto, lo bastante vivo como para inflamar los egos, había empezado a invadir los diminutos confines de la esfera profesional del reportaje. Este descubrimiento, modesto al principio, humilde, de hecho, respetuoso, podríamos decir, consistiría en hacer posible un periodismo que... se leyera igual que una novela (s. p.).

Era la respuesta de Wolfe a Capote. Pero lo cierto es que en ambas circunstancias se estaba aludiendo a discursos híbridos, que aun cuando transporten los mismos contenidos, difieren en el modo en que procesan la narratividad.

El propio Labatut procura darle sentido a esta mezcla de la ficción con la verdad, precisando que su libro es «una obra de ficción basada en hechos reales» (*Maniac* 391). Paradójicamente, Labatut, que ha declarado que no le gustan las novelas, acaba, como Capote, prefiriendo la ficcionalidad, pero sin privarse por ello de cargarla con una abundancia de datos, todos ellos «inmaculadamente factuales», y que él no siente que sean contradictorios con el género favorecido. ¿Por qué? Persiste por otra parte la interrogante acerca de las consecuencias que tiene el encuentro mismo entre una asúntica que proviene en un noventa o más por ciento del acontecer histórico concreto, y su reproducción ficcional. Encuentro este entre los datos exactos de la realidad verdadera y una ficción que, en el discurso de *Maniac* y en otros que se le parecen, *sin dejar de ser ficción*, respeta la exactitud y, lo que es más importante, *quiere respetarla, tanto y cuanto le sea posible*, porque aprecia la autenticidad y con el resultado de que «literaturiza» muy poco lo que saca del sucedido real.

Yo no tengo dudas acerca del talento excepcional de Benjamín Labatut. Por el contrario, estoy convencido de que él es un miembro *in good standing* del club de los literatos, y que su obra es una contribución trascendente a la historia de la narrativa chilena y latinoamericana. Me intriga, sin embargo, el cómo su obra procesa la hibridez genérica.

Por lo común, quienes estudian las novelas de no ficción y se han formulado esta pregunta, la responden aduciendo la superioridad «estética» del lenguaje de la novela de no ficción por sobre el del periodismo. O, para ser más preciso, argumentando, como lo hace Tom Wolfe, la superioridad de la novela de no ficción (para Wolfe, el nuevo periodismo) respecto tanto del periodismo tradicional, cautivo según él de la superstición de la objetividad, como de la novela contemporánea, intelectualizada, críptica y discordante por lo mismo con la sinceridad del realismo clásico. Wolfe es un periodista él mismo y no pretende dejar de serlo, pero celebra que lo característico del

«nuevo» periodismo estadounidense sea (que haya sido, este es un debate de los años sesenta y setenta del siglo xx, recuérdese) el estarse apropiando de los recursos retóricos de la novela y, señaladamente, de los de la gran novela realista que para él es (era) la más estimable de todas y de lo cual el nuevo periodismo era un legítimo heredero.

Pero hacernos nosotros cosignatarios de sus proposiciones sería contestar la pregunta con otra pregunta. Porque, ¿dónde tiramos la raya? Si, como lo expliqué en el primer capítulo de mis *Diez tesis sobre la crítica*, una de las estrategias para la determinación de la «literaturidad» es la gravitación en el signo literario de una mayor tesitura retórica (9 y ss.), entonces la respuesta de Wolfe pudiera ser válida en ese contexto, habiendo ella reducido «lo literario» al procedimiento. Meta usted toda la información factual que se le ocurra en el discurso, pero cuéntela con los procedimientos de una novela.

Así, si aplicamos la tesis de Wolfe a *Maniac*, descubrimos que en efecto hay ahí un aprovechamiento *a full* de la dimensión expresiva del lenguaje, que la prosa de Labatut corre con una riqueza y un ímpetu vertiginosos, que mantienen al lector en el borde de la silla y que nos remiten al mejor Faulkner y al mejor García Márquez. En este mismo sentido, pueden destacarse también el sobrepujamiento y la plétora y brillo hiperbólicos. La hipérbole, tan cara a García Márquez y con la que el periodismo sensacionalista mantiene por necesidad una relación amorosa, no carece de un lugar en el libro de Labatut. Abundan en su prosa los «muy», los «mucho», los «tan», los «tanto», los «siempre», los «nunca», los «jamás», los «único», etc. O sea, proliferan todos aquellos vocablos que le imprimen al discurso un aire de estarse ocupando de fenómenos asombrosos. Uno no puede menos que acordarse del Paul de Man que declaraba que «El criterio de especificidad literaria no depende de la mayor o menor discursividad del modo sino del grado de consistente retoricidad del lenguaje» (136-137). O de Hayden White, para quien era preciso «considerar las narrativas históricas como lo que manifiestamente son: ficciones verbales cuyos contenidos son tanto inventados como encontrados y cuyas formas tienen más en común con sus homólogas en la literatura que con las de las ciencias» (109).

Más importante aún es el papel del narrador. Un análisis narratológico mínimo de *Maniac* apuntará a un narrador básico que en las dos primeras secciones del relato se muestra poco y mucho más en la tercera. En la primera y segunda partes de *Maniac*, que es cuando ese narrador básico habla económicamente, el relato pone las veintitantas páginas del prólogo a su cargo (aquellas en que se nos informa sobre el suicidio del físico Paul Ehrenfest y su hijo) y lo reemplaza posteriormente con una seguidilla de narradores testigos (yo conté diecisiete, varios de ellos que se repiten, pero pudieran ser más si se tiene en cuenta la narración dentro de la narración). Con esta pluralidad narrativa se multiplican los puntos de vista, renunciándose de ese modo a una versión correcta de los acontecimientos, lo que Wolfe hubiese aplaudido, y desplegándose en cambio un juego de concentración y dispersión. El narrador básico mantiene subrepticamente atada la línea central del relato, llenando de contenido unos cuantos epígrafes «conductores», la mayoría de ellos en letra cursiva, en tanto que los narradores

secundarios permiten la dispersión (y la dispersión por digresión). Agréguese a ello un manejo astuto del ritmo narrativo a través de recursos tales como la tensión, el suspenso y la distribución de las situaciones climáticas, y se tendrá un primer esbozo del sesgo literario de la narración.

Por último, yo estoy convencido de que el rasgo que define estructuralmente a la novela moderna es su forma irónica, y me refiero con esto al estarse narrando *indefectiblemente* en la novela moderna la historia de un Quijote que sale al mundo con la buena intención de mejorarlo (según sus estándares, claro está, que serán mejores o peores dependiendo de la temperatura ideológica que domine en la sensibilidad del lector. Recuérdese que para los románticos el Quijote era un héroe *bona fide*), pero fracasa en ese empeño. El narrador y el lector no románticos, que han observado al caballero de la triste figura en la sucesión de sus desastres, se ríen de él, y comparten la risa. Se han puesto de acuerdo esos ironistas en que este buen señor es un desquiciado.

¿Es von Neumann un Quijote? Yo creo que sí. La escena de su muerte, cuando lo carboniza un computador gigantesco, procurando (ya no él, sino la corte de sus buitres) lograr la fusión del hombre con la máquina es, en *Maniac*, una escena simbólica, sin duda, la de una *hybris* colectiva a la que los dioses castigan, pero también es el clímax del modo irónico. El lector sensato siente que su ironía y la del narrador han triunfado, superponiéndose a la insensatez del personaje principal, que la *hybris* de este ha sido castigada por la intervención de la justicia poética. Otro cuento es que el fin de *Maniac* contenga la ironía de la ironía, que la primera devenga nada más que un buen indicador del equilibrio entre la (el deseo de la) afirmación y la sospecha de su falibilidad.

Todo lo anterior es enteramente demostrable y sirve para argumentar con inmejorables razones la estética literaria de *Maniac* basándonos para ello en su tesitura retórica, en los procedimientos narrativos principales y en la forma del relato, pero yo sostengo que eso no es, a pesar de todo, lo esencial.

Esencial me parece, en cambio, demostrar que el de *Maniac* no es un discurso periodístico de lo verdadero, sino un discurso ficcional de lo verosímil y, en cuanto tal, que es un discurso en el que un pacto de recepción cauteloso ha establecido el «género», aun cuando eso sea de mala gana y apelando a la «fe poética» de la cual hablaba Coleridge, la que, según él decía, propiciaba una «suspensión momentánea de la incredulidad» (s. p.). Pero léanse bien sus palabras: suspensión y no eliminación de la incredulidad. Con esto quiero decir que somos nosotros los lectores contemporáneos los que le acordamos o no a este texto un estatuto ficcional. Lo leemos «como si» lo que nos comunica fuera cierto, pero habiendo guardado en nuestro bolsillo una póliza de seguro que nos garantiza la reserva del descreimiento. Con respecto a *Maniac*, se trata de una actitud que está ahí, evidentemente. Es decir que me preocupó, que me sobresalto incluso con las barbaridades que me asaltan en cada tramo de *Maniac*, pero manteniendo siempre disponible, en el cuarto de atrás de mi conciencia, un contrato que me asegura que esta es una obra de ficción.

Es la manera contemporánea de leer el lenguaje ominoso de *Maniac*, cuya recepción no diferirá de la de otras recepciones del apocalipsis humano *ad portas*. Y no solo de las que aparecen en la literatura, la de J. G. Ballard, Cormac McCarthy, Margaret Atwood y otras veinte estrellas de menos fulgor, sino también de las que lo hacen a través de las varias plataformas de la cultura popular de masas, en el cine, en la televisión, etc. Me refiero a la estrategia que convierte a la ficción en una suerte de mentira piadosa, de acceso a la verdad, pero sin compromiso, permitiéndonos un atisbo de la tragedia que se nos está viniendo encima, pero habiéndole puesto al terror paños tibios. ¿Fue esa la intención de Labatut? ¿Quiso Labatut que leyéramos el periodismo de *Maniac* con una doble conciencia, preocupados por sus revelaciones atroces, pero con la certeza de tener un salvavidas ficcional a la mano? ¿Quiso que nos acercáramos a la extinción de la especie humana como si se tratara de un excitante, pero finalmente inofensivo partido de Go? Podría ser, aunque no sea eso lo que aquí debe interesarnos en última instancia, sino la muy buena calidad del resultado.

Referencias

- Carlyle, Thomas. *El culto de los héroes*. Eds. Chantal López y Omar Cortés. 2006, en línea.
- Coleridge, Samuel Taylor. *Biographia Literaria* en *The Complete Works of Samuel Taylor Coleridge. Poetry, Plays, Literary Essays, Lectures, Autobiography and Letters*. Classic Illustrated Edition. s. f., en línea.
- De Man, Paul. «The Rethoric of Blindness: Jacques Derrida's Reading of Rousseau». *Blindness and Insight. Essays in the Rethoric of Contemporary Criticism*. Oxford University Press, 1971.
- Labatut, Benjamín. *Un verdor terrible*. Anagrama, 2020.
- . *Maniac*. Anagrama, 2023.
- Marx, Karl. «Prólogo». *Contribución a la crítica de la economía política*, 9ª ed. Trad. Jorge Tula, León Marnes, Pedro Scaron, Miguel Murmis y José Aricó. Siglo XXI, 2008.
- Plimpton, George. «The Story Behind a Non-Fiction Novel». Entrevista a Truman Capote en «Books». *The New York Times*, 16 de enero de 1966, en línea.
- Rojo, Grínor. *Diez tesis sobre la crítica*. LOM, 2001.
- White, Hayden. «El texto histórico como artefacto literario». *El texto histórico y otros escritos*. Trad. Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino. Paidós, 2003.
- Wolfe, Tom. *El nuevo periodismo*. Trad. José Luis Guarner. Anagrama, 1976, en línea.